

 Seix Barral

**Rebecca West**

---

La familia Aubrey

---

Prólogo de Andrés Barba

---





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Rebecca West

## La familia Aubrey

Prólogo de Andrés Barba

Traducción del inglés por  
Andrés Barba y Carmen M. Cáceres

---

Título original: *The Fountain Overflows*

© Rebecca West, 1956. Todos los derechos reservados  
© por la traducción, Andrés Barba y Carmen M. Cáceres, 2019  
© Prólogo de Andrés Barba, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Motivo ornamental interior: Rawpixel / Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2019  
ISBN: 978-84-322-3572-6  
Depósito legal: B. 22.813-2019  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

Hubo una pausa tan larga que me pregunté si mamá y papá iban a dejarse de hablar para siempre. No es que temiera que se hubiesen peleado, sólo nosotras, las niñas, nos peleábamos, pero se habían quedado ensimismados. Luego papá añadió dubitativo:

—Ya sabes lo mucho que siento todo lo que ha ocurrido este año, querida.

Mamá respondió casi antes de que él terminara.

—No importa en absoluto, dado que en este momento va todo bien. Y seguirá yendo bien, ¿verdad?

—Sí, sí, estoy seguro —dijo papá. Y a continuación se burló—: Debería ser capaz de hacer lo que se me pide. Tendría que editar un pequeño periódico local.

—Mi querido Piers, creo que el trabajo no es digno de ti —dijo mamá cariñosamente—, pero aun así es un regalo de Dios, una verdadera suerte que el señor Morpurgo sea el dueño de ese periódico y que quiera ayudarte... —titubeó un poco al final de la frase.

—... una vez más —añadió papá distraído, ofreciendo las palabras que faltaban—. Sí, es extraño que un hombre tan rico como Morpurgo se entretenga con algo como la *Lovegrove Gazette*. Es cierto que, para lo que es, deja unos beneficios considerables, según me han dicho, pero me parece una minucia para un hombre con unos intereses tan enormes. Aunque supongo que si uno atesora una gran cantidad de trastos y trapos, los acaba tomando por perlas y diamantes.

Se retiró de nuevo a su ensimismamiento. Sus ojos grises

---

brillaban bajo las rectas cejas negras, perforando los muros de la sala de la alquería. Aunque entonces yo no era más que una niña muy pequeña supe que imaginaba cómo se sentiría si fuera millonario.

Mamá alzó la tetera marrón, rellenó su taza y la de él y suspiró, y mi padre se volvió para mirarla.

—¿Te molesta que te deje sola en este lugar solitario?

—No, no, estoy feliz en cualquier parte —respondió ella—, y siempre he querido que las niñas pasen unas vacaciones en Pentland Hills, como yo cuando tenía su edad. Para las niñas no hay nada mejor que la vida en una granja, eso es al menos lo que se suele decir, no sé por qué. Lo que no me gusta es dejar el piso amueblado. Tener que hacer eso.

—Lo sé, lo sé —dijo papá con tristeza, pero también impaciente.

Todas estas cosas sucedieron hace más de cincuenta y cinco años, y no es que mis padres se estuvieran quejando por nada. En aquella época, pocas personas respetables estaban dispuestas a dejar sus casas amuebladas y ninguna persona respetable estaba dispuesta a aceptarlas.

—Ya sé que esa gente tiene buenos motivos para necesitar un lugar en el que pasar el verano, vienen de Australia para ver a su hija en el sanatorio del doctor Philips —susurró mamá—, pero es arriesgado dejar el piso a unos extraños con todos esos muebles tan buenos.

—Supongo que son valiosos —dijo papá pensativo.

—Es verdad que no son más que muebles Imperio —dijo mamá—, pero en su estilo son los mejores. La tía Clara los compró en Francia e Italia cuando estuvo casada con el violinista francés, y son todos firmes y cómodos. Ya sé que no son unos Chippendale, pero las sillas con los cisnes y las otras con las cabezas de delfín son realmente bonitas, y las banquetas forradas de seda con las abejas y las estrellas son muy monas. Sería de agradecer que tuviéramos todos esos muebles de vuelta para cuando empecemos de cero en Lovegrove.

—En Lovegrove —dijo papá—. La verdad es que me

---

resulta muy extraño volver a Lovegrove. Rose, ¿no te parece extraño —dijo dándome un terrón de azúcar del cuenco— que tenga que regresar a un sitio en el que estuve cuando era pequeño, como tú ahora?

—¿Estaba allí también el tío Richard Quin? —pregunté.

El hermano de papá, que murió en la India de unas fiebres cuando tenía veintiún años, fue bautizado como Richard Quinbury para distinguirlo de otro Richard de la familia, y papá lo había querido tanto que había llamado a nuestro hermano pequeño con el mismo nombre. Para nosotras, nuestro hermano pequeño era, con mucho, el más bueno de los cuatro, de modo que nuestro difunto tío nos parecía una joya que alguien nos hubiese robado, y siempre tratábamos de recuperarlo en las historias que contaba mi padre.

—Richard Quin también estaba allí —dijo papá— o no lo recordaría tan bien. Los lugares que visité sin él nunca los recuerdo tan claramente.

—Intenta encontrar una casa que esté cerca del lugar en el que te alojabas —dijo mamá—, seguro que a las niñas les gusta.

—Me pregunto cómo se llamaba aquel lugar... Ah, sí, era La Hospedería de Caroline. Pero supongo que la habrán echado abajo hace mucho. Era una casa pequeña pero encantadora.

Mamá se rio de pronto.

—¿Y por qué habrían tenido que echarla abajo? Menos con respecto al futuro de las minas de cobre, eres un pesimista total.

—El cobre acabará imponiéndose a la larga —dijo papá, súbitamente enfurecido.

—Cariño, ¡no me hagas caso! —protestó ella.

Las dos lo miramos ansiosamente y, tras un rato, él acabó sonriéndonos. Luego papá miró del mismo modo hacia el reloj y dijo que ya era hora de regresar a la estación si quería coger el tren de las seis para Edimburgo. Había perdido el brillo, tenía esa mirada cansada y suplicante que hasta nosotras las niñas percibíamos de cuando en cuando.

—Muy bien —dijo mamá con ternura—, no queremos

---

que pierdas el tren y que tengas que esperar durante horas en esa estacioncilla tan ventosa, aunque Dios sabe que querríamos retenerte aquí hasta el último minuto. La verdad es que te has portado muy bien, con todo lo que tienes en la cabeza, ayudándome a traer aquí a las niñas.

—Era lo menos que podía hacer —respondió él con gravedad.

Mientras se organizaba el carruaje salimos y nos quedamos en los pulidos escalones de la alquería. El prado que había frente a nosotros se extendía hasta las orillas del lago, un círculo oscuro y brillante, perfectamente redondo, bajo los muros verdigrises del valle. A medio camino entre el agua y la casa se veían dos trozos de tela blanca: mis hermanas Cordelia y Mary, y un trozo de tela azul: mi hermano pequeño Richard Quin. Ya era lo bastante mayor como para corretear y caerse, aunque sin hacerse daño, y balbucear y reír y burlarse de nosotras. Jugábamos con él todo el día y nunca nos cansábamos.

Mi madre se dio la vuelta y los llamó, su voz pareció el trino de un pájaro:

—¡Niñas, venid a decirle adiós a vuestro padre!

Durante un segundo mis hermanas se quedaron congeladas donde estaban. Aquel nuevo lugar maravilloso les había hecho olvidar lo que se nos venía encima. Luego Cordelia cogió a Richard Quin y corrió tan rápido como pudo, hasta que los cuatro estuvimos frente a papá, mirándolo fijamente para poder recordarlo a la perfección mientras estuviera lejos durante aquellas terribles seis semanas. Tal vez fue un error mirarlo fijamente, pero era tan maravilloso. No se trataba de una ilusión infantil, éramos lo bastante objetivas como para saber ciertas cosas. Todas sabíamos que mamá no era guapa. Estaba demasiado flaca, la frente y la nariz le brillaban como el hueso, y sus torturados nervios le alteraban las facciones dibujándole arrugas en el rostro. Además éramos tan pobres que nunca se podía permitir vestidos nuevos. Pero también éramos conscientes de que papá era mucho más

---

guapo que cualquiera. No era alto, pero sí esbelto y elegante, parecía un espadachín en un cuadro y era románticamente enigmático. Tenía el pelo y el bigote completamente negros y la piel bronceada, con un leve color rosado bajo el moreno de las mejillas. Sus pómulos prominentes hacían que su cara fuera tan afilada como el hocico de un gato, lo más opuesto a una cara estúpida que pueda imaginarse. Y además sabía de todo, había viajado por el mundo entero, hasta a China, sabía dibujar y tallar madera y hacer figuritas pequeñas para las casas de muñecas. A veces jugaba con nosotras y nos contaba cuentos y entonces era casi imposible de soportar, cada instante nos producía un placer tan intenso, tan impredecible, que no se podía estar preparada para eso. También es cierto que a veces no nos prestaba atención durante días y que aquello también era insoportable. Pero parte de nuestro dolor es que no íbamos a poder sufrir esa congoja durante las seis semanas siguientes.

—Niñas, tranquilas, pronto estaremos juntos otra vez. ¡Y vais a pasarlo muy bien aquí! —dijo papá señalando las colinas tras el lago—. Antes de que terminen las vacaciones se pondrán de color violeta. Os va a encantar.

«¿Violeta?» No podíamos saber a qué se refería. Habíamos nacido en Sudáfrica y la habíamos abandonado hacía menos de un año.

Cuando nos describió la floración del brezo, Cordelia —que era dos años mayor que Mary y que yo y no se cansaba de recordárnoslo— suspiró ruidosamente.

—Ay, Dios. Me temo que van a ser unas vacaciones espantosas para mí. Van a estar todo el tiempo vagando por ahí y perdiéndose en las colinas y yo tendré que correr tras ellas y traerlas de vuelta. Y ese lago además... seguro que se acaban cayendo en él.

—Sabemos nadar igual de bien que tú, idiota —murmuró Mary, pues habíamos aprendido desde muy pequeñas en las playas de Sudáfrica.

Mamá la oyó y dijo:



---

—Por favor, Mary, no te pongas a pelear ahora con Cordelia.

—¿Cuándo entonces? —contestó Mary bromeando.

Cordelia hizo una mueca exagerada de desesperación, como si no consiguiera que el mundo entendiera la enorme carga que soportaba, y yo le susurré a Mary:

—Luego le calentamos las orejas.

Pero nos distrajo lo que dijo mamá:

—Así pues, está claro: viajas a Londres mañana y, en cuanto llegues, supongo que irás a ver al señor Morpurgo.

—No —dijo papá—, iré directamente a la oficina de Lovegrove.

—¿Y no a ver al señor Morpurgo? ¿No vas a ir a darle las gracias? Oh, pero seguro que espera que lo hagas antes de nada.

—No —dijo papá—. Dijo que no quería verme.

Mamá lo miró fijamente y él soltó una risita desdeñosa.

—Siempre ha sido un tipo tímido. Ha debido de incomodarle alguna cosa y ha dicho que le alegra que edite su periódico, pero que lo mejor es que me relacione con uno de los directores a los que él ve para esta clase de asuntos menores, que mejor no nos encontremos. Dejémosle que lo haga a su manera, aunque la verdad es que no le veo mucho el sentido.

Tal vez mamá sí se lo vio. Suspiró temblorosa y dijo:

—Muy bien, querido. Ve directamente a la oficina de Lovegrove y resuelve lo que tenga que ver con tu trabajo. Búscanos una casa y luego viaja a Irlanda para ver a tu tío mientras yo llego con las niñas y los muebles a tiempo para arreglarlo todo antes de que empiecen las clases y puedas comenzar a trabajar el primero de octubre.

—Sí, sí, querida —dijo él—, así es como será.

Nos besó a todos, empezando por Cordelia y acabando con Richard Quin, un orden que siempre respetaba, porque era un hombre justo. En cierta ocasión aquello nos afligió a Mary y a mí, las dos estábamos en contra de la primogenitura desde que Mary se dio cuenta de que nos tocaba siempre la

---

peor porción de comida y no nos dejaban hacer lo que nos gustaba hasta el final. A continuación, mi padre hundió sus bigotes en la mejilla de mi madre y cuando volvió a alzar la cabeza preguntó suavemente:

—¿Cuánto tiempo os podéis quedar aquí?

A mamá se le frunció el ceño al instante.

—Pero si ya te lo he dicho. Cogí el dinero que los australianos me dieron por el piso, pagué al casero nuestros atrasos y zanjé todas las cuentas con los obreros. Con lo que sobró nos podemos quedar aquí hasta la tercera semana de septiembre, pero no más. Ni un día más. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Es que no has cerrado tus planes? ¿Al final no va a ser como acordamos?

—Sí, sí —dijo mi padre.

—Si no va a ser así, dímelo —le pidió ella con ferocidad—. Puedo afrontar cualquier cosa, pero tengo que saberlo.

Los miramos con una curiosidad que provenía de muchas situaciones previas a la presente. ¿Por qué íbamos a marcharnos tan pronto de Edimburgo? Cuando nos habíamos ido de Sudáfrica, mamá nos había dicho que, como papá iba a ser el asistente editorial de *The Caledonian*, viviríamos en Edimburgo hasta que fuéramos casi adultas y pudiéramos ir a Londres a estudiar en una de las grandes escuelas de música, tal y como había hecho ella. Y en Sudáfrica, ¿por qué nos habíamos ido tan de repente de Ciudad del Cabo a Durban? ¿Y por qué se ponía mamá tan nerviosa cuando llegaban los avisos para esos traslados mientras que papá permanecía siempre tranquilo y respondía distraído, como si todas aquellas cosas les estuvieran pasando a otras personas, y se reía con frecuencia, jovial y desdenoso? Eso fue exactamente lo que hizo al caminar hacia el carruaje.

—No hay nada que saber, mi querida Clare —dijo saltando a su asiento junto al conductor.

—¡Adiós! —gritó mamá—. ¡Y escribe! ¡Escribe! Una postal al menos, si ves que estás demasiado ocupado para una carta, ¡pero escribe!

Vimos cómo salía el carruaje, cubría el tramo de camino

---

que llegaba hasta el final del valle y a continuación desaparecía tras la curva. No tardó mucho. El chico que lo manejaba puso a su caballo al máximo, la gente siempre trataba de exhibirse delante de papá. Luego Richard Quin tiró de la falda de mamá y le dijo en su idioma que no llorara y que él tenía sed. Regresamos al salón y nos encantó cómo Richard Quin se sentó en el regazo de mamá y engulló una taza de leche temblando de placer y del esfuerzo que le costaba tragar, como un cachorrillo frente a un plato.

—¿Quién es el señor Morpurgo? —preguntó Mary—. Es un nombre muy raro. Parece un hechicero. «El gran Morpurgo.»

No es que mi hermana estuviera siendo indiscreta, es que se daba cuenta perfectamente de que mamá estaba preocupada por algo que había hecho ese hombre desconocido. Éramos muy pequeñas, pero ya astutas como zorros. No nos quedaba más remedio. Teníamos que husmear el aire para saber por dónde iba a llegarnos el próximo infortunio y hacer las previsiones necesarias, que no eran siempre las que habrían aprobado nuestros padres. Cuando empezaron los problemas en *The Caledonian*, fueran los que fueran, a Mary y a mí nos pareció prudente decirles a los hijos de la gente que vivía en la casa de al lado que a papá le habían ofrecido un puesto mejor. Así nos aseguramos de que, en un momento en que mamá era infeliz, los vecinos no la trataran con menos respeto, sino con más todavía, y por si fuera poco —como nos señalamos la una a la otra—, al final resultó ser cierto, porque iba a dirigir la *Lovegrove Gazette*. Habíamos encontrado una manera sensata de comportarnos y no íbamos a dejar de hacerlo por no herir la susceptibilidad de los adultos.

—El señor Morpurgo —dijo mamá— es alguien a quien deberíamos estar agradecidas de por vida. Es un hombre muy rico, un banquero, creo, y desde que conoció a vuestro padre a bordo de un barco ha hecho todo lo posible por él. Fue él quien le dio a vuestro padre el puesto en Durban después de que los dueños del periódico de Ciudad del Cabo se comportaran de aquel modo tan extraño y no hicieran ningún

---

tipo de concesión. Y ahora que el *The Caledonian* ha decepcionado tanto a vuestro padre, el señor Morpurgo le ha dado el puesto de editor de su propio periódico en el sur de Londres. No sé qué habría sido de nosotros si no nos hubiese apoyado. Aunque no debería estaros diciendo todo esto. No penséis nunca que vuestro padre no habría encontrado una forma de mantenernos a todos. Él —añadió alzando la taza para que Richard se tomara hasta la última gota de leche— nunca nos fallaría.

—¿Y qué aspecto tiene el señor Morpurgo? —pregunté yo.

—No lo sé —dijo mamá—, no lo he visto nunca, pero vuestro padre lo conoce desde hace mucho. Admira mucho a vuestro padre. En realidad, todo el mundo lo admira, todos menos los que lo envidian.

—¿Y por qué lo envidian? —preguntó Cordelia—. Tenemos muy poco dinero.

—Lo envidian por su cerebro, por su apariencia, por todo —suspiró mamá—, y porque siempre tiene razón cuando nadie la tiene. Una situación —dijo severa, repasándonos con aquella mirada centelleante y negra— en la que es poco probable que os encontréis.

Luego se suavizó de nuevo y miró a Richard Quin, que alzaba la taza una y otra vez tratando de sacarle las últimas gotas.

—No, corderito. Cuando se hace tanto ruido es cuando hay que dejar de comer, lo estás haciendo mal. Si no paras y dejas de hacer ese ruido te vas a convertir en un cerdito y entonces tendrás que irte a vivir al establo, y aunque lo más probable es que a ti te encantara, tus hermanas se preocuparían mucho. Ellas quieren estar contigo y allí no hay espacio, y tienes que ser considerado con ellas, porque son muy buenas contigo. Ah, corderito, me pregunto qué instrumento tocarás tú. Me irrita no saberlo.

Y es que, como es lógico, todas tocábamos algo. Igual que en la familia irlandesa de papá todos eran soldados o mujeres de soldados, en la familia de mamá —procedente de las

---

Highlands occidentales— todos eran músicos y así había sido durante al menos cinco generaciones. No habían dejado grandes nombres en el mundo de la música, tal vez porque siempre morían relativamente jóvenes, pero el abuelo de mamá se fue a Austria, tocó en la orquesta de la ópera de Viena y llegó a conocer a Beethoven y a Schubert, y su padre fue maestro de capilla de una pequeña corte ducal alemana; su difunto hermano, director de orquesta y compositor bastante conocido, y ella misma llegó a ser una pianista famosa. A los veinticinco años, cuando ya era muy conocida, una noche, a punto de subir al escenario para dar un concierto en Ginebra, le entregaron un telegrama en el que le informaban de que su hermano preferido había muerto de una insolación en la India. Tocó el programa completo y luego regresó a su hotel y le dio una especie de fiebre que le duró semanas y que la dejó tan melancólica que después de aquello se fue de viaje a dar la vuelta al mundo para recuperarse, como dama de compañía de una mujer mayor que admiraba su arte. Conoció a papá en Ceilán, en un momento en que acababa de dejar un buen puesto en una plantación de té. Se casaron y se trasladaron a Sudáfrica, donde un familiar suyo le encontró otro buen puesto. Pero allí también tuvieron mala suerte, mamá no nos explicó exactamente por qué. Y en realidad tampoco importó mucho, porque durante un tiempo se dedicó a escribir y descubrió que tenía cierto talento para ello, y así fue como consiguió un puesto como escritor estrella en un periódico de Ciudad del Cabo. Y durante ese tiempo mamá nos tuvo a todas nosotras y a Richard Quin, y pasó por muchas preocupaciones, y ahora tenía ya más de cuarenta años y sus dedos se habían entumecido y le fallaban los nervios y ya no iba a volver a tocar nunca más, pero nos estaba enseñando a tocar a nosotras, y aunque a Cordelia no se le había dado muy bien y había desistido de enseñarle a los siete años, Mary y yo —decía ella— no estábamos mal. Y de algún modo sabíamos que también Richard Quin estaría bien. Tocaba muy correctamente el triángulo, que era con lo que habíamos empezado todas.

---

—No creo que sea el piano —dijo mamá escudriñándolo atentamente, como si el instrumento que alguien fuera a tocar en la vida pudiera apreciarse en la textura de la piel.

Aunque tenía parte de razón. Incluso en ese momento era imposible imaginar a Richard Quin frente a un piano, que es un instrumento directo y monumental, más grande que la persona que lo toca y reticente a cualquier tipo de relación que no se establezca a través de las teclas, pero una se lo podía imaginar muy bien cogiendo un violín o un clarinete.

—Y vosotras dos, Mary y Rose —continuó—, el Érard de la esquina es viejo, pero está afinado. Cada seis meses viene un hombre desde Pennycuick para ponerlo a punto. El destino nos favorece. Los Keith han dicho que, menos los domingos, lo podéis tocar cuando queráis. Así que no hay excusa que valga, tenéis que practicar con la misma regularidad con la que lo hacéis en casa. Y mientras estemos aquí os daré lecciones cinco veces a la semana en vez de tres. Aquí tendré más tiempo.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Cordelia.

Por mucho que con frecuencia la odiáramos, Mary y yo la miramos con ternura, y hubo una pequeña pausa antes de que mamá contestara:

—Tú también recibirás tus lecciones como las demás, no te inquietes.

Cordelia no era consciente de que no tenía talento para la música. Cuando mamá dejó de darle lecciones de piano, una niña de la casa de al lado recibía clases de violín y Cordelia insistió en que también quería aprender, y desde entonces había demostrado un extremo y equivocado empeño. Tenía buen oído; más aún, tenía una habilidad para el tono que ni mamá ni Mary ni yo teníamos, lo que era un terrible desperdicio, y unos dedos muy flexibles, podía doblarlos hacia atrás casi hasta la muñeca, y podía también leer cualquier cosa con un solo golpe de vista. Pero el gesto de mamá se contraía al principio de rabia y luego, con el tiempo, de lástima cada vez que Cordelia apoyaba el arco sobre las cuerdas.

---

Su tono siempre resultaba sucio y su fraseo era semejante a un adulto estúpido tratando de explicarle algo a un niño. Tampoco sabía diferenciar la música buena de la mala, cosa que nosotras habíamos sabido hacer siempre.

No era culpa de Cordelia que no tuviera talento para la música. Mamá nos lo había explicado muchas veces. O bien se recibía la herencia de la familia de la madre o la del padre, y Cordelia había recibido la de papá. Eso le daba ciertas ventajas, ya lo creo. Mary tenía el pelo negro y yo lo tenía castaño, al igual que muchas otras niñas, pero, aunque papá era de piel oscura, había muchos pelirrojos en su familia, y la cabeza de Cordelia estaba cubierta de pequeños rizos de un color cobrizo que brillaban con la luz y que hacían que la gente se volviera en la calle para mirarla. Aparte de esa simple herencia había también otra cosa que resultaba más difícil de soportar. Era la insistencia de papá en que mamá mantuviera corto el pelo de Cordelia en una época en la que esa moda había pasado hacía mucho y en la que aún tardaría mucho en volver. En su casa en Irlanda había un retrato de su tía Lucy, que fue a París justo después de las guerras napoleónicas y se hizo pintar por el barón Gérard con un chitón, una piel de leopardo y el pelo arreglado según aquella moda conocida como *à la Bacchante*. Como Cordelia se parecía mucho a ella, papá hizo que mamá le cortara los rizos al mismo estilo, o algo parecido, el que pudieron lograr los desconcertados peluqueros de Sudáfrica y de Edimburgo.

A Mary y a mí no nos agradaba esa situación. No sólo nos hacía sentir que Cordelia estaba más próxima a papá que nosotras debido a aquella injusta decisión de la naturaleza, sino que nuestra hermana también constituía un objeto en el que papá se esforzaba para que se ajustara a unos patrones de su gusto. Con nosotras no hacía esas cosas. Mary y yo practicábamos tantas horas al piano que no teníamos ni un segundo —ni mamá tampoco— para someternos a ningún proceso que nos convirtiera en hermosos objetos, éramos como piedras sin desbatar. Realmente era cruel tener que tocar tan-

---

to el piano, y que mamá tuviera que hacer las compras y ayudar con las labores domésticas y gestionar las preocupaciones de papá, de tal modo que nunca podía arreglarse y estar bien vestida como las otras madres. Cuando íbamos a la escuela siempre llamábamos la atención de nuestros profesores por lo desatendidas y apresuradas que íbamos. Aun así, tocar el piano era lo que inclinaba la balanza a nuestro favor. Porque aunque hubiera pelirrojos en la familia de papá, no había ni una pizca de talento musical, y la verdad es que preferíamos tener talento igual que mamá antes que unos rizos pelirrojos y tocar el violín tan mal como lo tocaba Cordelia. Lo sentíamos por ella, sobre todo ahora que papá, de quien obtenía tanta atención, se había marchado seis semanas. Pero igual de tonto era por su parte pensar que podía tocar el violín como lo habría sido para nosotras pensar que nos iban a salir rizos cobrizos.

El aire de la sala cambió con las mareas del agrado y el desagrado, el perdón y el resentimiento, y entonces vino la esposa del granjero y nos preguntó si queríamos ver la yegua y el potrillo que su marido acababa de comprar en una subasta en una granja de la colina, de modo que saltamos al mundo de los animales. Pero también allí había mareas, nada era estable. Al principio nos presentaron a los perros collie, que parecían haber nacido para olisquearnos y lamernos, era importante que nos reconocieran como miembros de la casa para que no nos ladraran ni mordieran. Aquello nos disgustó, estábamos en contra de que los animales estuvieran tan abandonados a su suerte que hubiera que hacer una ceremonia frente a ellos para que se comportaran con una urbanidad elemental frente a personas tan inofensivas como mamá y nosotras. «Son perros guardianes —nos recordó mamá—, protegen la granja de los ladrones.» «Pero ¿qué ladrones?», nos burlamos nosotras, y echamos un vistazo triunfal a aquel anfiteatro de verdes colinas, como si la inocencia del escenario demostrara la inocencia de la obra. Resulta extraño cómo en esa época estaba en el aire la creencia de que todos los crímenes de guerra y toda la crueldad iban a borrarse de la faz de la



---

tierra, hasta unas niñas pequeñas como nosotras sabíamos que era una promesa que iba a cumplirse.

A continuación, la esposa del granjero nos señaló unos terrenos de la colina punteados de marrón por el ganado y nos dijo que no fuéramos por allí porque habían soltado al toro con las vacas. No tuvimos problema en aceptar aquello, debimos sentir que la misteriosa buena conducta que nos había otorgado el universo no se extendía a los toros, pero se nos heló la sangre cuando pensamos en lo que implicaría quedarse atrapadas en esos terrenos, sobre todo en compañía de Richard Quin. Pero en las vaquerías estaba el ganado joven, los terneros que aún no habían crecido eran tan civilizados y amistosos como habríamos deseado serlo nosotras mismas, y había un ternero que sólo tenía dos días, flácido sobre el suelo como una gran madeja de seda beige, que tenía tanto miedo de nosotras como nosotras de los perros y el toro. Si no hubiésemos ocultado el miedo, habríamos confirmado la falsedad de que las niñas no son tan valientes como los niños. También el feminismo estaba en el aire, y desde la cuna. Pero los gatos de la granja nos arañaban y nosotras teníamos que apartar la mano, valientes o no, cuando nos fulminaban con la mirada, rudos como ladrones, rudos como Charles Peace, lo menos parecido a unos gatos normales. «Recordad —dijo mamá— que esas pobres criaturas tienen que luchar contra las ratas, no podrían hacerlo si se dejaran llevar y fueran más amables. Es un lujo que no se pueden permitir.» ¿Era el mundo amable o no lo era? ¿Era la granja un lugar seguro para Richard Quin?

Pero en el establo vimos al potrillo recién nacido y a la yegua y nos dimos cuenta de que había esperanza. Su largo flequillo le caía entre las dos grandes orejas y le daba el aspecto de una mujer sencilla con un sombrero feo, tenía una mirada tan ansiosa como si fuera humana y pudiera juzgar, era mucho más alta que nosotras, pero resultaba inimaginable que fuera a emplear su fuerza en nuestra contra, su potrillo de largas patas era muy tímido, parecía que le hubiesen dicho

---

que no hiciese ningún ruido ni molestara a la gente en ese lugar en el que los animales tenían que descansar. Me hizo pensar en una viuda con su hijo huérfano, nada resentida y deseosa de servir, pero muy triste, a la que había visto una vez en una de las oficinas de registro a las que mi madre acudía a veces. (Y es que, aunque teníamos muy poco dinero, teníamos una criada, en aquella época incluso las casas pobres tenían criadas y compartían su pobreza con alguna muchacha desamparada.) Seguimos recorriendo los establos y no pudimos ver más en la oscuridad que las estrellas blancas de las frentes de los caballos que estaban de pie, los resplandores alargados de sus rostros, sus calcetines blancos y un dibujo de luz en lo alto de un muro junto a una ventana con parteluz. Habían construido aquella granja sobre las ruinas de un castillo medieval que había sido un lugar de reunión de los caballeros templarios, y aquel establo era el comedor. Después de un rato pudimos ver como se movían nerviosamente los ojos de los caballos, que nos demostraban que también tenían voluntad si decidían usarla; el robusto barril de sus ceñidos cuerpos, la rectitud parecida a un tronco de sus patas delanteras, la ingeniosa elasticidad de sus patas traseras, la brutal extensión de sus cascos redondos, toda aquella fuerza que se manifestaba tan poco y mucho más suavemente de lo necesario. Eran criaturas amables. Vimos a dos ratones husmeando en la basura que había bajo un gigante y supimos que los caballos se lo permitían.

El viaje y la partida de papá, junto al encuentro con todos aquellos animales, nos dejó tan cansadas que nos fuimos a la cama sólo un poco más tarde que Richard Quin, cuando aún era de día, aunque normalmente nos quedábamos hasta que nos dejaban. Cordelia, Mary y yo dormíamos en la misma habitación, Mary y yo en una cama de matrimonio con un alto cabecero de madera de caoba tallado con flores y frutas orondas y Cordelia en una cama plegable que estaba a sus pies. Nadie podía dormir con Cordelia, con frecuencia sus sueños se apoderaban de ella y se ponía a dar órdenes. Mary y yo estábamos muy cómodas por la noche, solíamos acurrucarnos la una

---

con la cara y el cuerpo en contacto con la espalda de la otra y perdíamos la conciencia hasta la mañana siguiente. Mary era alta y delgada, parecía mayor cuando en realidad era sólo una niña, era tranquila y meditabunda, en el piano podía trabajar cualquier ejercicio de digitación con facilidad mientras que yo me apresuraba y, por tanto, me enfurruñaba y acababa llorando. Conmigo siempre era dulce y complaciente, éramos como un par de ositas pequeñas cuando estábamos juntas.

Cuando mamá nos dio las buenas noches me di cuenta de que desde que se había puesto a charlar con la gente de la granja su acento escocés era más marcado de lo habitual; si hubiera forzado un poco más la cadencia de sus frases, se habrían convertido en las estrofas de una canción. Sonaba muy bien. Nos dijo que la despertáramos si queríamos algo por la noche y que no teníamos ni que salir al pasillo, la puerta que estaba junto a la ventana no era un armario, como habíamos pensado, sino que llevaba a la habitación en la que dormían ella y Richard Quin. Siempre decía ese tipo de cosas, pero nosotras nunca le pedíamos ayuda, éramos muy independientes, muy maduras para nuestra edad. Pero igualmente pensamos que era muy amable por su parte que nos lo dijera y nos sumimos en el sueño.

De pronto estábamos todas despiertas. Yo estaba tan despierta como si nunca me hubiese dormido. Saqué la mano y descubrí que Mary estaba sentada con la espalda apoyada en el cabecero y la cama plegable crujió bajo el peso de Cordelia cuando se incorporó. Estaba muy oscuro y había un ruido terrible. Era como si la noche se hubiese asustado a sí misma. Algo o alguien golpeaba un tambor. El ruido no era muy fuerte, pero la resonancia era total, parecía que el tambor fuese la misma tierra. Nos entristeció la partida de papá y las lágrimas esporádicas de mamá. Sólo podían significar tristeza, lo afirmaban una y otra vez.

El ruido se detuvo. Mary me dio la mano. Yo me humedecí los labios y respiré hondo.

—Me pregunto qué ha sido eso.

---

Al fin y al cabo, Cordelia era mayor que nosotras, tal vez sabía algo que nosotras no sabíamos aún.

—No es nada —dijo Cordelia—. Podría ser cualquier cosa. Seguro que la gente de la granja lo ha oído también. Si es peligroso, vendrán a avisarnos.

—Pero a lo mejor es algo que nunca ha sucedido antes —dijo Mary.

—Sí, igual es el principio del fin del mundo —dije yo.

—Tonterías —replicó Cordelia—, el mundo no se va a acabar en nuestra época.

—¿Y por qué no? —pregunté yo—. En alguna época se tendrá que acabar.

—Y en parte sería muy excitante vivirlo —dijo Mary.

—Dormíos ya —dijo Cordelia.

—Lo haremos si nos da la gana —dijo Mary—, no porque tú lo digas.

—Soy la mayor —dijo Cordelia.

Comenzó de nuevo aquella especie de golpeteo sobre un enorme tambor.

—Mary, mamá dijo que había una vela a tu lado —dije yo—. Enciéndela y así podemos acercarnos a la ventana para ver si hay algo.

En medio de la oscuridad oímos el raspado de la cerilla contra la caja, pero no se produjo ninguna luz.

—No entiendo por qué mamá no me ha dejado la vela a mí —dijo Cordelia.

—Porque junto a tu cama no hay ninguna mesilla, idiota —contestó Mary—, y además me parece que las cerillas están húmedas, no se encienden.

—No busques excusas, eres torpe —dijo Cordelia.

—Te enfadas sólo porque tienes miedo —dijo Mary.

El ruido fue aumentando hasta convertirse en un anuncio de ruina y destrucción, pero la oscuridad se deshizo de pronto en una luz pálida y vacilante. Se abrió la puerta de la pared y entró mamá con un candelero en una mano y restregándose los ojos con la otra.

---

—¿Qué hacéis hablando tan alto a estas horas de la noche?  
—preguntó—. Aquí no estamos solas como en casa, a lo mejor  
habéis despertado a los Weir, con lo duro que trabajan.

—Mamá, ¿qué es ese ruido tan terrible?

—¿Ruido terrible? ¿De qué ruido hablas? —preguntó ella  
con los ojos y la boca aún entumecidos por el sueño.

—El que se oye ahora mismo —dijo Mary.

Mamá se esforzó en prestar atención un instante y su cara  
se iluminó.

—Son los caballos en los establos.

Nos quedamos asombradas.

—¿Los caballos que hemos visto esta tarde?

—Sí, esos mismos. Ahora que los oigo, no me extraña que  
os hayáis asustado. Es tremendo el ruido que pueden hacer  
con los cascos.

—Pero ¿por qué tiene un sonido tan triste?

—Bueno —respondió bostezando—, lo mismo le pasa al  
trueno, es tan triste como si algo se hubiese roto para siempre.  
Y el mar también tiene un sonido triste muchas veces, y el  
viento en los árboles casi siempre es triste también. A dormir,  
corderitas.

—Pero ¿por qué suenan tan tristes los cascos de los  
caballos contra el suelo del establo? —pregunté yo.

—¿Y por qué los dedos de mamá sobre las teclas del piano  
a veces suenan tristes y otras alegres? —preguntó Mary.

—Mañana lo pensamos, por favor —dijo mamá—, aun-  
que en realidad no sé para qué os prometo nada. No creo ni  
que mañana ni que ningún otro día sea capaz de responder a  
por qué unos sonidos son tristes y otros alegres. Ni siquiera  
papá os podría responder a eso. Menuda preguntita, cachorri-  
llas. Si pudierais responder a eso, podríais responder a cual-  
quier cosa. Buenas noches, queridas, buenas noches.

Durante los primeros diez días más o menos, todas estu-  
vimos contentas en la granja. Estábamos como borrachas con  
aquel aire de la colina, porque hasta entonces nunca habíamos  
pasado más de unas pocas horas sobre el nivel del mar.

---

—Y en las montañas de verdad, es todavía mejor —nos dijo mamá—, cuando encontréis vuestro lugar en el mundo, tenéis que ir a Suiza. En Davos el aire es tan puro que parece que han pulido todo con un trapo muy suave.

—¿Suiza? —dijimos nosotras despreciativas, y proclamamos nuestra intención de ir más bien al Kilimanjaro, al Popocatepetl, al Everest; esperaríamos hasta que Richard Quin fuera lo bastante mayor y nos convertiríamos en la primera comitiva que coronara el Everest.

—No, no —dijo mamá espantada—, nada de Everest. Cuando seáis lo bastante buenas, descubriréis que tenéis suficiente con vuestros conciertos, y más que suficiente.

Aquella respuesta tan común en ella, y en aquel tono grave, era una de las cosas que más nos incomodaban en la vida. La gente corriente hablaba un rato con mamá y se marchaba pensando que era idiota o incluso que estaba loca precisamente por ese tipo de comentarios. En realidad, demostraba la inteligencia más maravillosa. Sabía que habría subido al Everest si hubiese tenido la oportunidad y suponía, que, a la velocidad a la que cambiaba el mundo, acabaríamos teniendo ocasión de hacerlo; ella misma había estado a punto de convertirse en una pianista famosa y sabía que era probable que con nuestro talento nosotras triunfáramos donde sólo la mala suerte le había hecho fracasar a ella, y en cualquier caso sabía que les hablaba a unas niñas, por eso también elegía un tono infantil, con Bach tocaba a la manera de Bach y con Brahms a la manera de Brahms.

Esas vacaciones nos entrenamos para el Everest, una prueba de fuerza, y ella fue como siempre comprensiva con nosotras, aunque aplicando un principio de moderación. Al inicio pensamos que podríamos emplear la parte del día que nos quedaba libre después de las prácticas para dar largos paseos por los páramos, pero de pronto nos pareció más divertido ayudar en la granja haciendo cosas que ni el granjero ni su mujer habrían sospechado nunca que podríamos hacer ni por nuestra edad ni por nuestra fuerza física. Les llevábamos

---

una cesta con tortas a los hombres que estaban trabajando en el campo más lejano, más allá del paso; pulíamos los jaeces de los caballos el día antes de que llevaran el carro al mercado o cogíamos flores de lavanda del jardín y las poníamos sobre unos tablones para que se secaran al sol bajo una muselina. Mamá nos dejaba hacer lo que nos diera la gana siempre y cuando estuviésemos las horas pertinentes frente al piano, lo que no era tan difícil, porque siempre tocábamos mejor en vacaciones, cuando no había que ocuparse de todos aquellos deberes absurdos para la escuela. Como estábamos contentas, nuestros dedos eran el doble de diestros de lo habitual. En cuanto terminábamos con nuestras lecciones, mamá se nos unía en aquellas nuevas tareas fascinantes y maravillosas de la granja, aunque desde el primer minuto el granjero y su mujer la mantuvieron a cierta distancia. La mañana siguiente a nuestra llegada a aquel lugar la vimos cometer uno de esos errores que hacía que la gente pensara que era rara. Despararramó alegremente sobre la mesa de la cocina, en un batiburrillo de billetes y monedas, la suma total que había acordado pagar por las seis semanas de nuestras vacaciones. Los Weir, que eran gente insulsa, severa y corta, la observaron con la estúpida y limitada mirada de la sospecha. No podían entender que alguien quisiera pagar por anticipado cuando no había ninguna necesidad, y mucho menos aún podían entender que una mujer de mediana edad se riera como una niña que va a un baile al hacer aquella cosa completamente injustificada. Nosotras sí la entendimos. Para ella suponía un placer arrebatarse aquel dinero a esa fuerza misteriosa que actuaba siempre sobre el dinero en nuestra familia, anulándolo como si no hubiese existido nunca. Era una satisfacción que no había tenido desde hacía años; pagar algo por adelantado y evitar que se convirtiera en una deuda más adelante. Pero eso no se le podía explicar a la gente. Entendíamos a la perfección que los Weir pensarían que estaban frente a una mujer tonta e inútil, que sólo podía culparse a sí misma de su aspecto desastroso. Pero las cosas mejoraron muy pronto. Un día mamá

---

ayudó a la señora Weir en la lechería. Había aprendido a hacer mantequilla cuando era niña y lo recordó estando allí. La precisión de sus manos, algo tan extraordinario en todo como sobre las teclas del piano, le demostró a la granjera lo mucho que se había equivocado al juzgarla. Empezó a gustarles incluso más de lo que les gustábamos nosotras, y cada día que pasaba mamá parecía más joven, y comía más, y su mirada ya no estaba tan perdida.

Pero no duró mucho. Empezó a parecer enferma de nuevo, dejó de disfrutar de la comida y cuando nos daba las clases estaba más ausente.

—¿Qué crees que le preocupa? —me preguntó Mary un día, mientras cogíamos judías en el huerto de la cocina.

Mamá había pasado junto a nosotras con Richard Quin en brazos. Yo no había dicho nada, pero me había recordado a la yegua y a su potrillo, pero en versión enfadada y nerviosa.

—Papá no le ha escrito —dije yo.

—Yo también creo que es eso —dijo Mary—. Lo que no entiendo es por qué pensó que lo haría esta vez.

—¿Tú sabías que no lo haría? —pregunté yo.

—Pensé que lo más probable era que se olvidara.

No me gustaba que supiera mejor que yo lo que iba a hacer nuestro padre.

—Lo que no entiendo —continuó Mary— es por qué no se acostumbran el uno al otro. Mamá siempre parece sorprendida cuando papá hace cosas como lo de no escribir. Y a papá siempre le sorprende que mamá quiera pagar las facturas.

—Sí, y a mamá también le molesta —dije yo.

—Es extraordinario —dijo Mary.

Nos referíamos en realidad a una perplejidad muy antigua. Entendíamos que papá se preocupara mucho por nosotras y que nosotras nos preocupáramos por él, porque todos pertenecíamos a la misma familia. Y entendíamos también que mamá se preocupara por nosotras de otra forma y que



---

nosotras le devolviéramos también nuestra preocupación. Lo que no entendíamos era que papá y mamá se preocuparan el uno por el otro, porque no eran parientes.

—Pero, Mary, me he estado preguntando una cosa. ¿Qué pasa si papá no escribe nunca más?

—¿Te refieres a si no vuelve más?

—Sí.

—Yo me moriría —dijo Mary.

—Y yo también —dije yo.

Me alejé un paso de las judías y el círculo de las verdes colinas se fundió vacilante y acristalado a causa de mis lágrimas. Pero allí estaban ellas y allí seguían igual de sólidas cuando me las sequé.

—¿Y qué haríamos nosotras? —pregunté.

—Oh, podríamos trabajar, iríamos a alguna fábrica o tienda u oficina, podríamos ser criadas y ganar suficiente dinero entre todas para mantener a mamá, y a Richard Quin hasta que creciera —dijo Mary.

—Creo que hay una ley que prohíbe que las niñas de nuestra edad trabajen —dije yo.

—Podríamos engañarlos y decir que tenemos más años de los que tenemos —dijo Mary—. A todo el mundo le sorprende nuestra edad cuando se la decimos.

—Eso es verdad —dije yo.

—No importa, irá todo bien —dijo Mary—. Irá bien de verdad. Ya lo verás, seguiremos practicando al piano por las tardes y algún día nos convertiremos en intérpretes, después de eso todo irá bien.

—Por supuesto que sí, no estoy preocupada —dije yo—. Creo que ya hemos cogido suficientes judías.

Mamá no nos había visto recogiendo judías cuando había pasado por el huerto del jardín o no habría tenido ese aspecto tan desolado. En vez de ése, habría adoptado el de una enferma que posa para una fotografía que va a enviar a alguien a quien pretende ocultar su enfermedad. Volvía a estar ausente y pensativa, pero nunca dejaba de sonreír y saludaba

---

alegremente a todas las personas con las que se cruzaba por la granja. Decía: «Hoy hace otro día precioso», o quizá: «Hoy no está tan soleado, pero se puede soportar un poco de fresco de vez en cuando». Con frecuencia saludaba dos veces a la misma persona. El clima era muy suave, fue un verano extraordinariamente agradable. Las colinas que nos rodeaban eran muy tranquilas, la nuestra era la granja más alta en aquel espolón de las Pentlands y nadie subía hasta donde estábamos, los excursionistas veraniegos tomaban un sendero que cortaba por el sur hacia la cordillera principal y nunca los veíamos más cerca que la línea del horizonte. Aquella tranquilidad suponía un marco muy cruel para la inquietud de mi madre y la gente de la granja volvía a observarla con sospecha.

Una tarde salía yo del establo con un adorno de latón para caballos recién pulido y reluciente en la mano y me la encontré sentada en la acequia de piedra que separaba el prado del jardín. Se suponía que el cartero iba a llegar en un cuarto de hora y ella se balanceaba adelante y atrás, no demasiado, pero más de lo que habría resultado natural; la ausencia de cartas la hacía sentirse abandonada. Miré al otro lado del jardín, hacia la granja, y me pareció que había alguien observando tras las cortinas de la habitación de los Weir. Lo más probable es que se tratara de la señora Weir, de quien esperaba que me aplaudiera por dejar tan reluciente el adorno. Yo estaba en parte distraída por la lástima que me producía mamá, en parte molesta porque las cosas no eran para nosotras tan sencillas como lo eran para otras niñas y porque no me dieran las gracias que merecía mi trabajo. Lo importante y lo minúsculo se mezclaban en mi mente, y me preguntaba si tal vez debería avergonzarme de que fuera así. Dejé el adorno sobre la acequia y luego, al recordar lo bien que se me daba perder cosas, lo recogí y me lo metí dentro del elástico de las bragas. Rodeé con mis brazos el cuello de mamá, le besé el pelo despeinado y susurré:

—Si estás preocupada porque papá no te ha escrito, ¿por qué no le pones un telegrama a la oficina del periódico en

---

Lovegrove o a su tío o a sus familiares de Irlanda? En alguno de esos sitios tiene que estar.

Ella me contestó en un susurro, si nos hablábamos en voz baja nos resultaba más sencillo fingir que nada de aquello estaba ocurriendo de verdad.

—Rose, eres una niña muy atenta.

—¿Quieres decir —le pregunté con valentía— que estamos sin un céntimo?

—Oh, no, gracias a Dios tenemos dinero. Pero no quiero que piensen que papá ni siquiera nos dice dónde está. Pensarán que es raro.

—Bueno, es que lo es —dije yo.

—Pero no es raro —replicó esperanzada— en el sentido en el que lo pensarían ellos. No hay nada que podamos hacer, debemos esperar y darle tiempo, nos escribirá. Esta misma tarde llegará una carta.

Nos dimos un beso. Cuando retiró sus labios de los míos añadió, aún en susurros:

—No les digas nada a las demás.

Me maravilló su sencillez.

Mary salió del establo, nos miró desde el otro lado del prado y notó que algo iba mal. Se acercó hasta nosotras.

—Mamá —dijo—, no esperes al cartero, es martes. Los martes nunca pasa nada bueno.

Luego se calló. Cordelia había empezado a practicar en su habitación. Las tres nos quedamos escuchando en silencio mientras ella tocaba unas escalas. Luego dejó de tocar y siguió con unos cuantos compases de una melodía.

—Es peor que los gatos —dijo Mary—, al menos los gatos no chillan de esa manera.

—Niñas, niñas —dijo mamá—, no deberíais ser tan impacientes con vuestra pobre hermana. Podría haber sido mucho peor, podría haber nacido ciega o sorda.

—Para alguien como ella ni siquiera eso sería peor —dijo Mary—, ni así se daría cuenta de sus defectos, no más de lo que se da cuenta ahora, y además podría ir a una de esas

---

grandes casas con jardines para sordos y ciegos que se ven a la salida de los trenes y la cuidarían esas personas a las que les gusta ser amables con los ciegos y los sordos. Pero no hay hogares de acogida para los violinistas malos.

—Qué idea más terrible, un hogar para músicos malos —dijo mamá—. El peor de todos sería el de los malos contraltos. Los ruidos que saldrían de allí serían tan horribles que a la gente le daría miedo pasar cerca por la noche, sobre todo las noches de luna llena. Y vosotras, niñas, sois innecesariamente antipáticas con vuestra hermana, realmente si no os conociera hasta pensaría que sois maliciosas. Y la verdad es que tampoco es tan mala. Esta tarde no ha tocado tan mal. Toca mucho mejor que antes. ¡Dios mío, qué horroroso ha sido eso! Es insoportable, tengo que entrar y ayudar a esa pobre criatura.

Se apresuró por el sendero del jardín hacia la granja, retorciéndose las manos. Alguien que hubiera pasado por allí y hubiese visto a una madre tan consternada habría pensado que se había dejado a un bebé en una habitación en llamas o en compañía de un perro peligroso. Mary y yo nos sentamos en la acequia y empezamos a columpiar las piernas, y de pronto me acordé del adorno de latón que llevaba escondido en las bragas. El brillo se había atenuado un poco tras el paso por mi escondite, y empecé a frotarlo de nuevo.

—Escucha, qué idiota —dijo Mary con frialdad.

A veces no había nada que escuchar, mamá no tocaba el violín, de modo que decía o cantaba sus instrucciones. Entre aquellos intervalos de silencio, Cornelia hacía sus repeticiones de la melodía no sólo sin mejorar un ápice, sino más bien incluyendo alguna variación en los errores.

—¿Cómo puedes reírte? —preguntó Mary entre dientes.

—Por supuesto que puedo reírme —dije yo—. También es gracioso cuando alguien se resbala en el hielo una y otra vez, además a Cordelia no le hace ningún daño.

Conocía a Mary como la palma de mi mano y sabía perfectamente que trataba de marcarse un tanto fingiendo,

---

como habría hecho frente a los profesores de la escuela, que ya era demasiado mayor como para que le hiciera gracia ver a alguien resbalando sobre el hielo, pero yo seguí brillando el adorno. La conocía lo bastante como para saber que no estaba siendo sincera, sabía que a ella también le parecía gracioso ver a alguien resbalar sobre el hielo, y que tampoco es que quisiera apuntarse un tanto, no demasiado al menos.

—La señora Weir viene por el sendero —dijo de repente muy bajito— y la acompaña esa prima suya de Glasgow. Nos van a hacer unas cuantas preguntas.

Conocíamos esa mirada. Yo mantuve la cabeza gacha y seguí limpiando. Mary inclinó la cabeza a mi lado y señaló el adorno como si se acabara de fijar en el dibujo. La señora Weir nos tuvo que hablar dos veces antes de que nos diéramos cuenta de que estaban allí mismo.

—¡Perdón! —dijimos confundidas y poniéndonos respetuosamente en pie, sonriendo un poco: sabíamos que no éramos el tipo de niñas que pueden permitirse sonreír demasiado, pero nos aprovechábamos de la ventaja que podíamos sacar.

—Vuestra hermana mayor es una buena violinista —dijo la señora Weir.

Nosotras respondimos con voz dulce que lo era.

—Y a estas chiquillas —le dijo la señora Weir a su prima— no se les da tan mal el piano. Aunque aún están un poco verdes, la mayor parte del tiempo se lo pasan practicando.

Llevábamos todo el verano obsesionadas con los arpeggios. Nos resbalaban entre los dedos como aceite, eso creíamos al menos.

—Maircy, ¿les dejas a estas chiquillas tocar tu piano? —le preguntó la prima de Glasgow, y ahuecó ligeramente la voz para referirse a los difuntos—: ¿El piano de Elspeth?

—Oh, tocan bastante bien —dijo la señora Weir—. Yo no soy capaz de sacarle una nota. Aunque me dio clases con Elspeth aquel viejo que venía desde Edimburgo para enseñar a las hijas del terrateniente, tengo los dedos como morcillas.